

San Gregorio nos advierte que "las vacas uncidas al carro, son imágen de las almas fieles que por la observancia de los preceptos, parece que llevan en sí mismas la ligera carga de la palabra divina. También siguen el camino recto sin desviarse de un lado á otro, hasta llegar á Bethsamés, que significa la casa del sol; porque la práctica de las buenas obras las conduce á la mansión de la luz eterna."

Ahora bien; ¿y esa Arca de la alianza no es figura de la divina Eucaristía? Cuando yo veo esta Arca santa adelantándose hácia la tierra de Israel, que es el tipo de la Iglesia, y fijarse en un campo de trigo ya maduro cuyas blancas espigas anuncian la proximidad de la cosecha, ¿podré dejar de pensar en la Arca Eucarística que encierra el trigo de los escogidos?

También nosotros, miserables criaturas, lo mismo que las vacas uncidas al carro, llevamos la arca divina cada vez que recibimos la sagrada Eucaristía, y como ellas, cargando nuestro divino yugo, debemos seguir el recto camino que el Salvador nos traza, dirigiéndonos á Bethsamés, casa del sol, porque la Eucaristía que llevamos en nuestro corazón, es la prenda cierta de nuestra futura inmortalidad; y por último, fijaremos como ellas nuestra mansión cerca del verdadero Josué, que es el mismo Jesucristo.

¡Oh! ¿qué conmovedoras son estas imágenes, y qué sublime esta reconciliación! Mas ved aquí que el carro en que iba el arca se rompió, y vino á ser después una hoguera y las vacas que tiraban del carro fueron ofrecidas en holocausto.<sup>1</sup>

El Sacramento del amor es igualmente el sacrificio del amor; y así como en la unión Eucarística yo no me hago mas que uno con Jesucristo que se da íntimamente á mí, así también conviene que yo me inole con la hostia de la Eucaristía que se sacrifica enteramente por mí. Tomad, pues, ¡oh Dios mio! este corazón, donde Vos estais sentado como en un carro; tomad este cuerpo que habeis escogido para confiarle en este valle de lágrimas la carga adorable de vuestra divina presencia; tomad, en fin, ¡oh Dios mio! todo mi sér para que se consuma por Vos como un holocausto de reconocimiento y de amor.

1 1º Reg. IV, 14.

El macho del sacrificio y el macho emisario.—Los pecadores.—Los réprobos.—Cómo los chivos merecen ser recompensados lo mismo que los bueyes.—Las cabras sobre las montañas de Galaad.—El alma purificada de la mancha del pecado.—El Cabrito.—El festin de Isaac.—La bendición de Jacob.—Sacramento y sacrificio Eucarístico.

**EL MACHO DE CABRIO.—LA CABRA.**  
**EL CABRITO.**

El macho del sacrificio y el macho emisario.—Los pecadores.—Los réprobos.—Cómo los chivos merecen ser recompensados lo mismo que los bueyes.—Las cabras sobre las montañas de Galaad.—El alma purificada de la mancha del pecado.—El Cabrito.—El festin de Isaac.—La bendición de Jacob.—Sacramento y sacrificio Eucarístico.

**D**IOS había ordenado á Moisés,<sup>1</sup> que en el día de la fiesta de las Expiaciones el gran Sacerdote presentase delante del Señor á la entrada del Tabernáculo, dos machos de cabrío por los pecados del pueblo. Uno de ellos era inmolado y su sangre derramada en forma de aspersiones lustrales, debía purificar el santuario de todas las violaciones cometidas contra la Ley.

El otro se llamaba "el macho emisario." El gran Sacerdote, imponiendo las manos sobre la cabeza de este animal, confesaba todas las iniquidades de los hijos de Israel, sus ofensas y sus pecados; cargaba de imprecaciones la cabeza de este animal y en seguida era arrojado vergonzosamente al desierto.

Aunque todas las víctimas de la Ley antigua significan unánimemente el sacrificio del Redentor de los hombres, parece que el macho de cabrío tuvo principalmente por objeto representar á Jesucristo, en tanto que Él mismo se ha dignado "tomar por nosotros, como nos asegura San Pablo,<sup>2</sup> "la semejanza de la carne de pecado."

Las fábulas impuras de la mitología nos enseñan que el macho de cabrío era considerado como un animal infame; y entre los profundos abatimientos á que Dios quiso descender, uno de los que más debe sorprendernos, es, sin duda, el que haya consentido en aparecer bajo un emblema tan vil.

1 Levit. XVI.  
2 Rom. VIII, 3.

Jesucristo es desde luego el macho de cabrío inmolado, y su sangre, en abundancia derramada, es la única que purifica el santuario de nuestras almas. Hé aquí una figura más aterradora todavía, y que verdaderamente horroriza; la del macho emisario.

En el instante en que el Verbo Eterno hizo su entrada en el mundo, dirigiendo á su Padre estas palabras: "las hostias y los holocaustos no te agradan, pero Tú me has dado un cuerpo, y Yo he dicho: aquí estoy,"<sup>1</sup> desde ese instante, el Padre que está en los cielos, puso las manos sobre la cabeza de su Hijo como para destinarle á la expiación del mundo; le cargó con el grave peso de las iniquidades humanas,<sup>2</sup> y desde entónces, viendo en Él la semejanza del pecado, le apartó lejos de su rostro como objeto de su maldición.

Así se explican en la augusta persona del Salvador los misterios que nos hacen temblar. Es conducido por el Espíritu al desierto; se le llama "poseído del demonio"; una multitud impía se amotina y le persigue con todo género de ultrajes: "Su vista nos es odiosa; arranquémole de la tierra de los vivos y condenémosle á una muerte vergonzosa."<sup>3</sup>

Y efectivamente, el Hombre Dios tuvo que sufrir los más espantosos suplicios; aquellos á quienes Él más amaba, huyen y le abandonan. Mas no solo tiene que sufrir este abandono de los hombres; llega la hora de su agonía y en vano clamará á su Padre, diciéndole: "Padre mio, haz que se aleje de mí este cáliz;"<sup>4</sup> el cáliz se aproxima á sus labios y tiene que apurar hasta la última gota de su amargura. Finalmente, sobre el leño de la cruz arroja aquel último grito de su dolor: "¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado?"<sup>5</sup> Jesucristo es en verdad, semejante en todo, al macho de cabrío inmolado, lo mismo que al emisario, acumulando en su persona todos los suplicios de estas dos víctimas expiatorias.

El oro se llama "El macho de cabrío". El gran sacerdote, imponiendo las manos sobre la cabeza de este animal, confesaba todas las iniquidades de los israelitas.

Si Jesucristo se nos representa bajo el emblema del macho de cabrío, es, sin duda, porque Él quiso tomar la semejanza del pecador. De aquí inferiremos por qué en las Santas Escrituras se aplica con más especialidad el símbolo de este animal á los pecadores.

Jesucristo, que acostumbraba hablar á los judíos por medio de parábolas, queriendo pintarles con claridad el juicio final, compara la multitud de los hombres á un inmenso rebaño, y al Soberano Juez con un Pastor que coloca á sus ovejas á su diestra, haciendo pasar á los cabritos á su siniestra.<sup>6</sup> Las ovejas son el símbolo de los escogidos, cuya naturaleza, dulce y humil-

1 Ps. XXXIX, 8.  
2 Isai. LIII, 6.  
3 Sap. II, 20.  
4 Mat. XXXVI, 39.  
5 Ps. XXI, 2.  
6 Mat. XV, 33.

1 Levit. VIII, 3.  
2 Rom. VIII, 3.

de las asemeja á Aquel que dijo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón."<sup>1</sup> Los cabritos figuran á los réprobos, porque como dice Orígenes:<sup>2</sup> "Estos animales, que tienen por costumbre trepar sobre las rocas y frecuentar los precipicios, nos traen á la memoria la dureza del pecador y los abismos á donde la culpa le arrastra."

Todavía más; San Agustín,<sup>3</sup> comentando estas palabras del Salmista: "Te ofreceré, Señor, los bueyes con los cabritos: offeram tibi bobes cum hircis,"<sup>4</sup> nos presenta una reflexion que no debemos pasar en silencio. "¿De dónde viene—pregunta el Santo—que los machos de cabrío que representan á los pecadores y son puestos á la izquierda del Juez, participan en apariencia, según el texto del Salmista, de la condición de los bueyes que significando las almas apostólicas merecen colocarse á la derecha?"

El mismo Santo responde: "que en el último día no todos los cabritos estarán á la izquierda, y que muchos pasarán á la derecha; aquellos precisamente que se hayan ofrecido en un mismo sacrificio con los bueyes. Estos machos de cabrío nada pueden por sí mismos—continúa San Agustín—pero unidos á los bueyes serán admitidos por el Soberano Juez. ¿Por qué? Porque se buscaron amigos que los reciban en los tabernáculos eternos."

III

También San Gerónimo<sup>5</sup> observa: "que el Juez coloca á los cabritos á su izquierda y no á las cabras que en el libro de los Cantares<sup>6</sup> se nos designan como saliendo de las aguas del lavadero y subiendo á las montañas de Galaad."

Las aguas del lavadero no son las del bautismo, y el cielo no está figurado en las montañas de Galaad.

La Cabra es ciertamente el símbolo del alma, que limpia del pecado, anhela unirse con su Dios á quien tanto ama.

Ved á la Cabra con cuánta vivacidad corre de aquí para allí delante del rebaño. Las llanuras no le agradan; su ojo penetrante busca las alturas; su pié firme y ágil se fija en la más reducida piedra de la cual puede desprenderse y saltar; nunca se muestra tan contenta, como cuando está sola, lejos del rebaño y sobre los flancos escarpados de la montaña, donde come en paz algunos tallos de yerba menuda.

Lo mismo sucede con el alma á quien Dios llama hácia las sublimes regiones de la contemplación; desdenando la vida del siglo, fija sus miradas

1 Mat. XI, 29.

2 Tract. XXXIV, in Mat.

3 Aug. in Ps. LXV, 20.

4 Ps. LXV, 15.

5 Cit. in Cat. aurea, sup. XXV, Mat.

6 Cant. IV, 2.

1 Exod. XII.  
2 Genes. XXXVII, 31.  
3 2. Ambr. in cap. VI. Apocal.

en lo alto, y desviándose de los caminos anchos y fáciles, escoge los senderos más estrechos y difíciles que la ponen más cerca del cielo. Mientras más se eleva, más y más goza; no respira sino en la atmósfera más pura, y se alimenta con las flores que ha recogido en la contemplación de nuestros libros santos.

Si Jesucristo al tomar sobre sí la semejanza del pecado quiso ser figura del macho de cabrío, también se nos representaba bajo el emblema menos espantoso del Cabrito.

Cuando el Señor prescribía á Moisés los ritos que debían practicarse en la fiesta de la Pascua de los judíos, permitió que en lugar del Cordero sin mancha, se sacrificase un Cabrito que tuviese las mismas cualidades; y la sangre del Cabrito, lo mismo que la del Cordero, tenía la misma virtud de preservar á los hijos de Israel.

La túnica de José fué empapada con la sangre de un Cabrito, y esta túnica vendrá á ser una vestidura de gloria, cuando este mismo Patriarca, figura de Jesucristo, sea llamado para presidir los destinos del Egipto.

Finalmente, la piel del Cabrito cubre el cuello y las manos de Jacob, cuando éste arrebató á Esau las bendiciones de su Padre.

Todo lo dispuso Rebeca para que su hijo Jacob recibiese, con preferencia á Esau, la bendición paternal. Tuvo cuidado de escoger dos de los mejores cabritos que supo disponer y sazonar con arte para servirlos á Isaac como una vianda agradable. Después, con las pieles de los cabritos envolviendo á su hijo Jacob, le dió la semejanza de Esau.

Rebeca—nos dice San Ambrosio—es aquí solamente la figura de la gracia. Reviste á Jacob de Aquel que no habiendo pecado, ha llevado no obstante en su carne la semejanza del pecado; le reviste de Jesucristo; é Isaac, al tocar el Cabrito, reconociendo la divina víctima inmolada por la salud del mundo, bendijo á su verdadero y único hijo, al hijo muy amado en quien había puesto toda su complacencia.

¡Oh feliz y santo fraude! ¡Oh misteriosa mentira radiante de verdad! Ninguno de nosotros será bendito por Dios si se presenta con el cuello y las manos desnudas. Necesario es que el Padre que está en los cielos perciba en nosotros el olor de la Vestidura sagrada del Cabrito.

Mas la gracia de Rebeca no ha sido menos maternal para mí que para Jacob. Me escogió los dos cabritos, el del sacrificio y el del festín; levantó

1 Exod. XII.  
2 Genes. XXXVII, 31.  
3 S. Ambr. in cap. VI, Apocal.

para mí el altar y la mesa de la Eucaristía, y me oculta bajo los velos sagrados que la Eucaristía extiende sobre mí.

Revestido así con la piel del Cabrito, me atrevo á encaminarme hácia Vos, ¡oh Dios mio! y á pedirlos con una santa osadía me bendigais como á vuestro propio hijo. Y entónces, percibiendo Vos que no soy yo el que vivo, sino que Jesucristo es el que vive en mí, me digais como á Jacob: "Hé aquí que el olor de mi hijo se parece al olor que despiden un campo lleno,"<sup>1</sup> y derrameis en mi alma los ricos tesoros de vuestras bendiciones.

LA ABEJA

La Colmena, modelo de las sociedades humanas.—El cobrizo de las abejas.—La Abeja nos invita al trabajo.—La caza.—El niño, símbolo de Jesucristo.—El panal.—La terna y el capitan de la Esclavitud.—La miel, símbolo de Jesucristo, de la divina Sabiduría y de la palabra de Dios.—Los Doctores de la Iglesia.—San Ambrosio.—La miel sobre la piedra.—Si habéis encontrado miel, no la comáis con exceso.—La miel, imagen de los placeres carnales.—El rayón de la Abeja.—Hijos y descendencia.—La Iglesia.—La miel Escarlata.—La miel Escarlata es un símbolo de la caridad.

El ojo del naturalista no puede menos que descubrir en cada uno de ellos las señales visibles del poder y de la bondad de Dios. Mas cuántos misterios de esta bondad y de este poder se esconden aun al lente del sabio. Solo el pensamiento cristiano va más lejos y se eleva á mayor altura; contemplando las obras del Criador, se inspira y se edifica, y mientras estas obras, por la belleza y perfección de sus portmoues, atestiguan el arte infinito del Obrero, el cristiano que las admira más y más, bendice al Señor que ha desplegado delante de sus ojos tantas y tan sublimes enseñanzas como insectos hay en el aire.

¡Oh maravillosa es la Providencia en cada uno de los seres criados! El ojo del naturalista no puede menos que descubrir en cada uno de ellos las señales visibles del poder y de la bondad de Dios. Mas cuántos misterios de esta bondad y de este poder se esconden aun al lente del sabio.

Rebeca es la Abeja entre las aves. Pero en volutarios estípite, como dice la Escritura, y sin embargo, nos exhorta San Ambrosio á que sin temor consultemos á la Abeja: "vade ad apem."

Procuramos sacar provecho de las importantes lecciones que ella va á darnos. Lo que desde un principio parece verdaderamente admirable, es que las abejas no saben vivir aisladas. El cristiano que se oculta en el fondo de la soledad, se propone por modelo al Pelicano del desierto; el hombre que vive en sociedad tiene delante de sí el ejemplo de las abejas.

Procuramos sacar provecho de las importantes lecciones que ella va á darnos. Lo que desde un principio parece verdaderamente admirable, es que las abejas no saben vivir aisladas. El cristiano que se oculta en el fondo de la soledad, se propone por modelo al Pelicano del desierto; el hombre que vive en sociedad tiene delante de sí el ejemplo de las abejas.

1 Genes. XXXVII, 27.

2 S. Ambr. Hexam. V, 22.